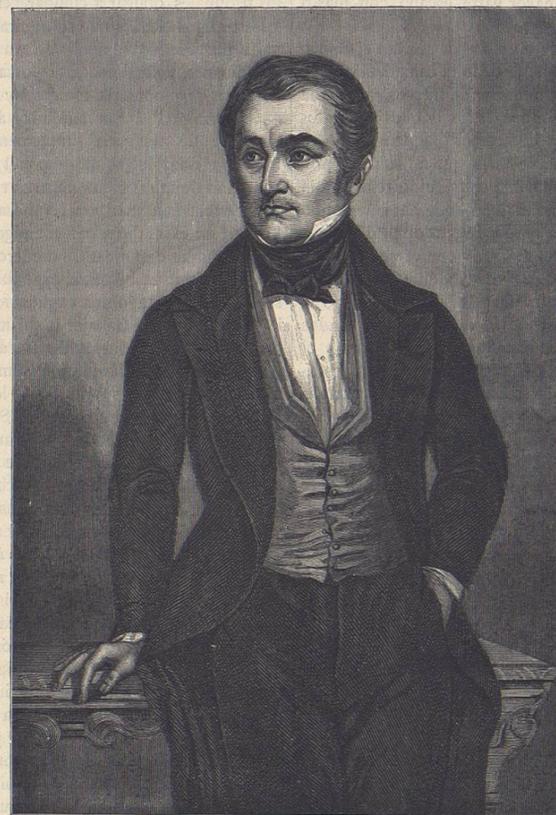


ideas revolucionarias eran como las cabezas de la hidra de la fábula, que cuantas mas se cortaban mas renacian. Todo el mundo, estudiantes, literatos, médicos, abogados y otros que vegetaban desamparados de la fortuna en la sociedad, combinaban proyectos revolucionarios y trasformaciones sociales. La Sociedad de los Amigos del Pueblo, disuelta en 1832, se reorganizó al instante bajo el nombre de Sociedad de los Derechos del Hombre, y se dividió en secciones que obedecian á una direccion superior y se comunicaban con otras

sociedades enemigas de la monarquía. Esta sociedad tenia siempre dispuestos tres mil individuos para salir á la calle al primer aviso, bien armados y pertrechados, sin contar los que podia movilizar y armar al poco tiempo. Cuando la policia conseguia apoderarse de algunos de estos conspiradores, con pruebas de su culpabilidad, se erguan orgullosos ante los jueces haciendo gala de sus principios y planes, y sus defensores los apoyaban, y culpaban al gobierno, arrastrándole por el fango, acusándole de ser enemigo del pueblo y



Thiers.—Facsimile reducido del grabado hecho por Enrique Robinson, segun el cuadro original de Auvergne

autor de todos los motines y desórdenes. Los jurados, mas por miedo que por convicción, absolvian á los acusados, y estos, con la aureola de mártires políticos, volvan á continuar sus trabajos de conspiracion.

Desesperado el gobierno de su impotencia vergonzosa presentó á la cámara tres proyectos de ley para proceder con mas eficacia contra los enemigos del orden: uno contra los vendedores callejeros de periódicos y hojas volantes, otro contra las asociaciones políticas y el tercero contra los fabricantes ocultos y los encubridores de armas y municiones de guerra. A esto contestó la direccion de la Sociedad de los Derechos del Hombre pasando á todas las juntas locales de Francia la orden de lanzarse á la revolucion. Pocas obedecieron, pero entre estas pocas figuraron las de Lyon y otras de la misma comarca. En Lyon la clase obrera esperaba de la república la salvacion y el término de sus padecimientos, y el 9 de abril de 1833 levantóse en armas y se apoderó de

la ciudad. Sucedió esto cuando en Alemania ocurría la ridícula y fantástica empresa estudiantil de Francfort y la invasion del polaco Ramorino en Saboya, todo bajo los auspicios de Mazzini. Cinco dias tuvo que luchar la tropa, á las órdenes del general Aymar, para someter la ciudad, y lo mismo sucedió con corta diferencia en las otras poblaciones. En Paris estalló el movimiento el dia 14, mal dirigido á causa de las discordias interiores de los revolucionarios y de la captura de ciento cincuenta jefes suyos en la noche anterior; mas á pesar de esto fué sañuda la corta lucha que tuvo que sostener la tropa, dirigida por el general Bugeaud, para sofocar la insurreccion.

Lo mas fatal de todo fué el final, la formacion de causa de los comprometidos en la sublevacion, causa que se vió el 5 de mayo en el tribunal de la cámara de los pares, despues de haber quedado reducidos los 2,000 acusados á 144, incluso 43 declarados en rebeldía. Jamás se habian presen-

tado los acusados con tanto descaro ante los tribunales como en esta ocasion; los papeles parecian invertidos; los acusados insultaban y escarnecian á los jueces, proclamaban la pronta victoria de la república y acusaban al tribunal de no dar libertad para la defensa, hasta que el presidente tuvo que levantar la sesion y hacer volver á los presos escandalosos á la cárcel, mientras el público tomaba partido abiertamente por ellos, de tal suerte que cuando 27 consiguieron evadirse, fué general la alegría. Los fallos resultaron, como puede pensarse, en extremo benignos; algunos de los presos fueron deportados, pero la mayor parte escapó con mas ó menos tiempo de cárcel.

Antes de esto, en 11 de octubre, habia sufrido el ministerio una modificacion por haberle dado la cámara el disgusto de no votar la suma de 25 millones de francos, destinada á indemnizar á los Estados-Unidos de los buques apresados y destruidos por los franceses durante el bloqueo continental establecido por Napoleon, despues que á fuerza de prolongadísimas negociaciones se habia conseguido rebajar á la citada suma la primitiva de 70 millones que habian pedido los Estados-Unidos. A consecuencia de esto dimitió Broglie, con gran satisfaccion de Luis Felipe, y con él se retiraron tambien Sebastiani, Barthe y Argout. No dimitieron todos por atencion solamente á las circunstancias críticas, pero el gobierno apeló al país y disolvió la cámara de diputados en 25 de mayo. Las elecciones probaron que no todo el país estaba contento de la marcha del gobierno; los legitimistas se coaligaron con los republicanos y ambos partidos pidieron una reforma de la ley electoral, en sentido del sufragio universal. Esta fué la primera vez que salió á la escena esta pretension, que tan grande fuerza é influencia adquirió despues. Este clamoreo y el deseo del gabinete de deshacerse de su molesto presidente, el mariscal Soult, originó una nueva crisis ministerial que duró diez meses y durante la cual se sucedieron en el puesto de Soult el mariscal Gerard, Molé, el duque de Bassano (Maret) y el mariscal Mortier, sin lograr ninguno de ellos un ministerio duradero; de modo que el rey, al fin, con grandísimo disgusto suyo, hubo de volver á llamar en 12 de marzo de 1835 al ministerio del 11 de octubre con Broglie á la cabeza, como el único hombre capaz de llenar este puesto. Entonces el gobierno consiguió de la cámara los 25 millones de indemnizacion para los Estados-Unidos, á pesar de la mala impresion que habia causado el lenguaje amenazador y ofensivo de esta potencia.

A pesar de los atentados á su persona, que menudeaban mas que nunca desde la última sublevacion, y á pesar de los muchos indicios que hacian sospechar nuevos atentados, no quiso Luis Felipe abstenerse de pasar revista á la guardia nacional de Paris en el Boulevard con un séquito brillantísimo, como lo requeria la fiesta que se celebraba aquel dia, el 28 de julio de 1835, aniversario de la revolucion de 1830. En medio de la revista oyóse súbitamente una detonacion espantosa y en el mismo instante cayeron al suelo, junto al rey, 18 muertos y 41 heridos, entre los primeros el mariscal Mortier, un general, tres coroneles, un capitán, cinco guardias nacionales y siete simples espectadores. El rey, en medio de tres de sus hijos estaba á caballo y todos quedaron ilesos. El autor era un corso llamado José Fieschi, que habia servido en el ejército de Napoleon, luego habia llevado una vida vagabunda, y despues de haber sufrido una condena de diez años de presidio por ladron se habia hecho finalmente adalid de la libertad. Este hombre fué preso al salir de la casa desde donde acababa de disparar su máquina infernal. El alma de este atentado resultaron ser un veterano llamado Morey y un tal Pepin, tendero de ultramarinos. Los tres murieron en el patíbulo.

Este atentado feroz excitó la opinion contra los manejos del partido republicano, que si no resultó directamente complicado en él, no dejaba de ser cómplice y autor moral. Aprovechó el gobierno esta disposicion favorable para proponer á las cámaras, convocadas extraordinariamente, las tres leyes llamadas de setiembre, dirigidas contra los enemigos del orden, del rey y de la constitucion. La primera disposicion que la votacion de los jurados fuese en adelante secreta, y que la mayoría de las dos terceras partes fuese reducida á mayoría simple para sus fallos; la segunda ley permitia á los tribunales obligar á comparecer ante ellos á viva fuerza á los testigos citados que se negaran á presentarse, les ordenaba proceder igualmente contra los acusados ausentes y contumaces, y finalmente disponia la division de los tribunales en secciones; la tercera ley estaba destinada, segun expresion de Guizot, á aniquilar á la prensa antidinástica en lugar de castigarla simplemente por sus excesos. Votadas ya estas leyes, no supo el gobierno aplicarlas con elevacion de miras sino que se sirvió de ellas para organizar una persecucion mezquina, odiosa é ineficaz, que aumentó los odios y exacerbó á sus enemigos sin inutilizarlos. Así el mismo duque de Orleans, heredero del trono, dijo: «Venga en buena hora una justicia expeditiva y severa, pero que no se haga del atentado una explotacion (1).» El hecho fué que la policia tuvo que trabajar lo mismo que antes siguiendo la pista de conspiraciones y de sus autores; los elementos revolucionarios y disolventes se aumentaban en lugar de disminuir; la sociedad suprimida de los Derechos del Hombre se reorganizó bajo el nombre de Sociedad de las Familias; y la prision de sus fundadores Barbés y Blanqui, dos conspiradores famosos, que segun se vió habian estado en el secreto del atentado de Fieschi, condujo al descubrimiento de una sociedad de los Derechos del Pueblo, que buscaba sus adeptos exclusivamente en el ejército, sin exceptuar la oficialidad; otra, llamada de las Cuatro estaciones y fundada por Martin Bernard, se reclutaba preferentemente en la clase obrera. El freno que la ley de imprenta habia puesto á los periódicos no evitaba que se publicasen hojas volantes, impresas no se sabia dónde ni por quién y cuyo lenguaje excedia por la misma impunidad todos los límites; copillitas callejeras arrastraban con indecible fruicion la misma persona del rey por el fango, y la extrema izquierda de la cámara no omitia ocasion alguna para rebajar al gobierno, atribuyendo aun á sus disposiciones mas prudentes fines indignos. En efecto, cuando el gobierno propuso á la cámara que los cien millones de francos que procedentes de las cajas de ahorro yacían improductivos, fuesen trasladados á las arcas del tesoro público, para que produjesen algun beneficio, sin perjuicio de su mas completa seguridad, levantaron tal clamoreo los republicanos contra el supuesto despojo de los ahorros del obrero que produjeron un pánico y por un momento comprometieron la existencia de las cajas de ahorro.

Mientras las leyes reaccionarias votadas en la legislatura extraordinaria de 1835 no llenaban su objeto inmediato, introdujose, para mayor desgracia, la discordia en el partido conservador, en el cual se apoyaba el gobierno. La union ó liga de todos los partidos moderados y de orden, efectuada con motivo de la entrada de Perier en el ministerio, se disolvió definitivamente, despues de haberse separado ya de su extrema izquierda en 1832 un grupo que se llamó *tercer partido*; y esta vez se separó para siempre el grupo de los doctrinarios de la masa conservadora liberal. Causó este divorcio y la consiguiente division en el ministerio la cuestion de la

(1) Dupin, *Memoires*, tomo III, pág. 165.

actitud que convenia adoptar en la guerra civil que habia estallado de nuevo en la península ibérica, segun referiremos mas adelante. Broglie y Thiers opinaron que debia concederse al gobierno de Madrid el auxilio que solicitaba, mientras el rey, que secretamente deseaba la victoria del pretendiente y por otra parte intentaba deshacerse de la tutela molesta del triunvirato Broglie-Guizot-Thiers, se resistió á acceder. Un conflicto del gobierno con la cámara, originado por la cuestion de una conversion de rentas del Estado, acabó de hacer insostenible la situacion del ministerio, ya gastado en el trascurso de los cuatro años de su duracion. Guizot dejó de su administracion á la patria el honrosísimo recuerdo de su gran reforma de la enseñanza elemental. El decreto de la Convencion que ordenó que cada municipio tuviera por lo menos una escuela elemental, habia quedado letra muerta y al entrar Guizot en el ministerio carecian de escuela una tercera parte de los municipios. Así, pues, la ley votada en 28 de junio de 1833, á propuesta de Guizot, obligó á todos los municipios á sostener por lo menos una escuela primaria, apoyada, en caso de carencia de recursos, por el departamento y por el gobierno. Cada capital de departamento y cada poblacion de mas de 6,000 habitantes debia tener una escuela superior; todo francés de mas de 18 años que podia probar la correspondiente aptitud, quedaba autorizado á abrir una escuela; la misma ley creó y organizó las inspecciones y autoridades necesarias, fijó los sueldos de los maestros y dispuso la creacion de escuelas normales para los mismos.

Sin embargo, el mas significativo del ministerio dimisionario, cuya importancia iba continuamente aumentando y que mas podia contar con el apoyo de los grupos del centro era Thiers. El fué tambien á quien se confió la tarea de formar el nuevo ministerio, que juró el 22 de febrero de 1836 y del cual Thiers fué á la vez presidente y ministro de Negocios extranjeros, con el flexible conde de Montalivet encargado de la cartera del Interior.

Al principio pareció que el rey armonizaba mejor con Thiers que con los rigidísimos Broglie y Guizot, pero aunque el primero habia moderado mucho los principios liberales que con tanto ardor habia proclamado cuando todavia era redactor del *National*, no podia haber armonia permanente entre un rey que se preciaba de ser el hombre de Estado mas hábil de Europa y un ministro que negaba constantemente y por principios á este soberano toda influencia en los asuntos del Estado, y solo de cuando en cuando le permitia intervenir en ellos. Por otra parte, no habria sido fácil deshacerse de Thiers, que tenia mas apoyo en la mayoría de la cámara que todos sus predecesores, á no haber sobrevenido los sucesos de España, que dieron ocasion al rey, con el auxilio de Montalivet, para desembarazarse del último representante del triunvirato cuyo yugo habia soportado seis años á pesar de toda su repugnancia. Con gran trabajo habia podido Thiers arrancar del rey su consentimiento para prometer al gobierno constitucional de Madrid el auxilio energético de la Francia contra los carlistas, cuando la noticia de una sublevacion en la Granja le hizo cambiar de resolucion, por cuya razon Thiers hubo de dimitir, en 25 de agosto de 1836. Como Montalivet no podia decentemente admitir el encargo de formar un nuevo ministerio, dirigióse el rey al conde Molé, no menos flexible y complaciente que aquel aunque mejor visto. Bajo su presidencia volvió á encargarse Guizot de la cartera de Instruccion pública, y con él sus amigos Duchatel y Persil, aquel para la Hacienda y este para la cartera de Justicia.

Por fin habia triunfado el rey y conseguido un ministerio que le permitia mezclarse en el gobierno del país, pero desde

entonces empezaron tambien las dificultades y conflictos que acabaron con el destronamiento de la monarquía orleanista. Por lo pronto, nadie mas contento que Luis Felipe de ser, como decia, «amo en su casa,» pero lo era de una casa en la cual el espíritu maligno de la revolucion no dejaba á nadie tranquilo, tanto que al año siguiente ocurrieron ya dos atentados á la vida del *amo*. Un dependiente de comercio llamado Alibaud disparó un tiro, en 25 de junio de 1837, contra el rey, sin tocarle, «por ser tirano y oprimir la libertad del pueblo.» Murió en la guillotina, no sin haber antes glorificado ante el tribunal el regicidio. El otro, cometido por un tal Meunier contra la persona del rey al pasar este al palacio del parlamento para abrir la legislatura, tampoco produjo resultado, pero era una prueba mas de que el rey en ninguna parte estaba seguro, y hubo de acostumbrarse á ir siempre rodeado de toda clase de precauciones cuando habia de mostrarse en público, sin descuidarlas en su casa, porque ni en ella ni en el jardin anexo al palacio se creía seguro.

A todos estos peligros se agregó el bonapartismo resucitado, y lo que peor era, resucitado ó fomentado por el mismo rey, que conociendo bien la indómita pasion de los franceses por la gloria, creyó poder halagar impunemente esta debilidad nacional honrando la memoria del imperio por todos los medios posibles, sin sospechar ni remotamente que con esto preparaba un segundo imperio. La posibilidad del restablecimiento del régimen imperial era para él y para todo el mundo una ilusion pueril que solo podian alimentar algunos pocos fanáticos ciegos, y á mayor abundamiento, por una ley expresa del año 1832, estaban desterrados del territorio francés todos los miembros de las familias bonapartista y borbónica. Ya en tiempo del ministerio Perier empezó el gobierno á mostrar respeto y veneracion á las glorias de la era napoleónica, volvió á colocar la estatua del emperador en la columna de la plaza de Vendome, cubrió el Arco de Triunfo con las figuras y nombres de sus guerreros, concluyó la columna erigida en memoria del gran ejército en Boulogne, dió á muchas plazas y calles nombres que recordaban sus victorias mas brillantes, colocó en los puestos mas elevados de la administracion y de la milicia á los adalides mas distinguidos de Napoleon y trasformó el gran palacio de Versalles en museo nacional, destinado «á todas las glorias de la Francia.» Los literatos celebraban, por su parte, en sus dramas, poesías y novelas la popular figura del emperador.

Habiendo muerto prematuramente en Viena, en 22 de julio de 1832, el hijo de Napoleon, Luis Felipe pudo creer que este culto de las glorias del imperio no encerraba peligro alguno; pero ya se consideró heredero de las pretensiones napoleónicas el príncipe Luis Napoleon, genio aventurero y fatalista, como su tío. A raíz de su huida de Italia, quiso tomar parte en la revolucion de Polonia, pero estando ya en camino, le alcanzó en Sajonia la noticia de la caida de Varsovia, retrocedió y se encerró en Arenenberg, posesion de su madre la ex-reina Hortensia, en el canton de Turgovia en Suiza, donde se ocupó en el estudio de la monarquía democrática, que despues realizó, y en los preparativos de la mision que no dudaba le habia impuesto el destino. No quiso aliarse con los republicanos, con cuyos jefes Godefroy, Cavaignac, Bastide y Guinard estaba en relaciones su tío José desde Londres (1), pero sus partidarios propios y personales le animaron tanto con sus noticias favorables respec-

(1) Senior, *Conversations with Thiers*, tomo II, 110.—Metternich escribió en 17 de abril de 1834: «El joven Luis Bonaparte procura reservarse la proteccion de otra traccion, porque el bonapartismo tiene una superficie muy grande, pues se extiende desde el despotismo militar hasta la Sociedad de los Amigos del Pueblo.» *Papeles póstumos*, tomo V, pág. 586.—Claude, en sus *Memoires*, tomo I, pág. 88, cree que

to de lo vacilante del trono de Luis Felipe que el príncipe acabó por convencerse de que podría derribarlo con un golpe de mano atrevido y súbito. Así fué que hallándose en Baden-Baden de visita en casa de su prima Estefanía, sobornó con el auxilio de su confidente Persigny al coronel del regimiento de artillería número cuatro, Vaudry, y por medio de éste á otros oficiales; y el 30 de octubre de 1836 presentóse de uniforme con varios partidarios de confianza suyos en el cuartel del citado regimiento en Estrasburgo, donde fué recibido con vivas. En seguida se enviaron destacamentos á todos los puntos importantes para ocuparlos, y con el resto del regimiento salió el príncipe á apoderarse del cuerpo principal de guardia, donde hizo prisionero al general Voiron. Desde allí pasó al cuartel del regimiento número cuarenta y seis, donde fué recibido con el mismo entusiasmo, pero acudieron algunos oficiales fieles á su deber y se entabló una lucha que acabó con la prision del príncipe y de siete secuaces suyos. Supo el fracaso una amiga del príncipe, la cantatriz Leonor Gordon, que vigilaba el movimiento, y al instante quemó los papeles que mas podían comprometer al atrevido aventurero.

El rey y sus ministros fingieron mirar todo el suceso como una calaverada juvenil, pero en realidad estaban consternados al considerar la facilidad con que se habían dejado sobornar tantos oficiales é individuos de tropa por una persona á quien no conocían y que se les había presentado como llovido del cielo. ¿Qué hacer con semejante loco y sus secuaces? Presentarlos como culpables de alta traición era darles una importancia que no tenían, y entregarlos según su clase á los tribunales civiles y militares tenía también sus inconvenientes, no siendo el menor la certidumbre de que cualquiera que fuese la resolución que el gobierno adoptara sería un pretexto para que sus enemigos se ensañaran contra él. En esta perplejidad llegó la madre del príncipe á Paris y solicitó para él el perdón del rey, el cual, contento de salir del compromiso de una manera decente, accedió á las súplicas de la ex reina Hortensia y perdonó al hijo, pero haciéndole embarcar para América; y no pudiendo castigar en buena ley á los cómplices habiendo perdonado al culpable principal, hizoles gracia también, si bien esto pareció una debilidad que implicaba en cierta manera como el reconocimiento de un derecho ó la disculpa del atentado.

Al año siguiente regresó Luis Napoleon á Europa para cerrar los ojos á su madre moribunda en Arenenberg, y desde entonces creció la importancia del astuto pretendiente y se organizó un verdadero partido napoleónico. Léjos de abochornarse Luis Napoleon del éxito ridículo de su necia empresa, escribió á Laity despues de su regreso de América, en 2 de julio de 1838, para su: «Relacion histórica de los sucesos del 30 de octubre de 1836» (1): «Decid que al autorizaros para esta publicacion, no me ha movido el deseo de turbar ahora la tranquilidad de Francia, ni de reavivar pasiones mal apagadas, sino el de mostrarme á mis compatriotas tal como soy y no como el odio interesado me ha descrito; pero si algun dia los partidos derribasen el poder actual (y el ejemplo de los últimos cincuenta años permite esta suposición) y si, habituados como están desde hace veintitres años á despreciar la autoridad, socavasen todos los cimientos del edificio social, quizás entonces el nombre de Napoleon sería una áncora de salvacion para todos los corazones franceses generosos y verdaderamente patrióticos (2).»

Eugenio Sue quiso representar á Luis Napoleon, en *los Misterios de Paris*, bajo el nombre de príncipe Rodolfo, en la taberna del Conejo Blanco.

(1) Publicada en Paris en 1838.

(2) Guizot también se expresó en sus *Memorias*, tomo II, pág. 203,

El suceso de Estrasburgo y el descubrimiento de otras nuevas conspiraciones indujeron al gobierno á pedir al parlamento tres leyes nuevas: una restableciendo la ley penal del año 1810 contra los que no delataban, sabiéndolas, las conspiraciones contra la vida y persona del soberano; la segunda introduciendo la nueva pena de la deportacion á la isla de Bourbon, y la tercera estableciendo que siempre que estuviesen comprometidas en un crimen contra el Estado personas militares y civiles, fuesen juzgadas las primeras por un tribunal de guerra y las segundas por el jurado; pero las cámaras desecharon esta última ley, y entonces renunció el gobierno también á las dos primeras.

Mas que esta derrota disgustó á Luis Felipe la que sufrió el proyecto de ley que presentó el ministerio pidiendo al parlamento una asignacion para los dos hijos mayores del rey y su hija María, desposada con el duque Alejandro de Wurtemberg; porque siendo ya proverbiales la inmensa riqueza de Luis Felipe y su avaricia, no quiso el parlamento cargar al país con este nuevo gasto superfluo. Esto causó al rey tan grande disgusto que hubieron de salir del ministerio en abril de 1837 los doctrinarios, es decir, Guizot y sus amigos, reformándose el gabinete bajo la direccion de Molé y Montalivet, con los cuales estaba seguro el rey de hacer prevalecer su política personal. Para reforzar la mayoría debilitada con la separacion de los partidarios de los ministros doctrinarios salientes, abandonó el rey su rígida política interior, y mucho contribuyó al mismo objeto, según habia calculado Molé, el casamiento del heredero del trono, el duque de Orleans, con la princesa Elena de Mecklemburgo-Schwerin, sobrina del rey de Prusia. Durante algun tiempo habíase lisonjeado Luis Felipe de obtener para su hijo la mano de una princesa austriaca, la hija mayor del archiduque Carlos. Este proyecto obtuvo el beneplácito de Metternich, que en esta ocasion venció sus escrúpulos legitimistas con la esperanza de retraer al gobierno francés de la alianza con Inglaterra; pero finalmente naufragó la combinacion por influjo de la archiduquesa Sofia, la cual hizo que bajo formas cortes se desechase la union solicitada. Entonces procuró Federico Guillermo III el casamiento del duque con su sobrina, no sin haberle costado antes grandísimo trabajo obtener el beneplácito del emperador de Rusia y de los padres de la novia, á cual mas refractarios tocante á principios absolutistas y legitimistas, contribuyendo no poco á la resistencia de los grandes duques de Mecklemburgo el recuerdo de la triste estrella que habían tenido las princesas alemanas casadas con príncipes de la casa real de Francia. Con este casamiento llegó la política dinástica de Luis Felipe á su mayor auge: habia entrado en una familia real legítima y con ella en las demás (3).

Con mucho fausto y grandísima satisfaccion celebráronse las bodas, el 30 de mayo de 1837, en cuyo día abrióse también al público el museo nacional de Versalles, costeado por el rey de su propio bolsillo. Por primera vez llenaba el pueblo las vastas y suntuosas salas y galerías del palacio de Luis XIV; en una palabra, aquel día fué acaso el mas alegre que la Francia vió bajo la monarquía de julio.

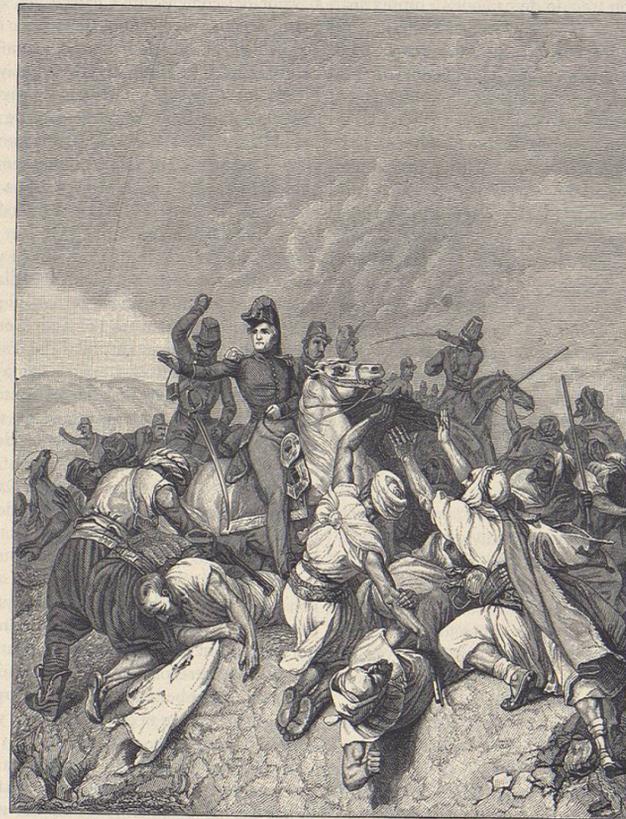
En 24 de abril del año siguiente nació al ya anciano rey el primer nieto, con lo cual vió ya asegurada la sucesion y la duracion de su dinastía. Fué otro rayo de sol, pero fugaz, y pronto volvió á encapotarse el cielo.

sobre las pretensiones del príncipe en estos términos: «Mucho es ser á la vez una gloria nacional, una garantía revolucionaria y un principio de autoridad.»

(3) Sobre este afán de Luis Felipe escribió ya en 3 de febrero de 1835 Metternich á Apponyi: «El gobierno francés parece un bastardo que para formarse una posicion social necesita muchísimas cosas que otros llevan consigo ya al nacer.» *Papeles póstumos*, tomo V, pág. 634.

Otro suceso satisfactorio y de importancia vino á dar lustre al ministerio Molé: la adquisicion definitiva del territorio argelino, bien que esto fué el resultado de ocho años de dura lucha y de muchas y angustiosas peripecias. Cuando el ministerio Polignac determinó, en las postrimerías del reinado de Carlos X, enviar la expedicion contra el bey de Argel, no habia formado ninguna idea precisa de lo que haria si el éxito coronaba sus esfuerzos, ni tampoco habia tenido el talento de preveer las contingencias á que podrían conducir

los edictos fatales del mes de julio de 1830. Vino el gobierno de Luis Felipe, que tenia otras cosas mas urgentes y mas graves que hacer para poder pensar en la nueva conquista, y su primer pensamiento fué, para no distraer su atencion y su fuerza de lo que mas apremiaba, abandonar la conquista restituyéndola á la Sublime Puerta, pues que el sultan era el verdadero soberano de la Argelia, en cambio de garantías positivas contra la piratería y otros excesos de los beyes africanos. Esto explica la ausencia completa de todo plan



El general Bugeaud en la batalla de Sikak.

Copia del grabado hecho por Samuel Cholet, según el cuadro original de Horacio Vernet que se encuentra en la galería de Versalles

general y fijo en la ocupacion del territorio conquistado, donde durante mucho tiempo las autoridades militares que allí se sucedieron procedieron cada una según entendia y le convenia. El general Clauzel, que reemplazó al legitimista Bourmont, declaró sin mas preámbulos toda la Argelia territorio francés, y sin cuidarse de la insuficiencia de las fuerzas que tenia á su disposicion, empezó fogosamente la conquista para no dejar á otro tan grande fama y gloria. No tardó en aprender lo que significaba querer someter una poblacion numerosa, que aunque dividida en dos razas, árabes y bereberes, que se odiaban profundamente, ambas odiaban muchísimo mas á los invasores cristianos, y perfectamente conocedoras de su país, se valian para su defensa de todas las ventajas que el terreno ofrecia. Por eso concluyó esta campaña sangrienta en una retirada costosísima de los franceses, realizada con grandes pérdidas. El gobierno, en la espectati-

va de una guerra europea, quiso tener disponible el ejército de Africa, y llamó á Clauzel, de cuyo gobierno solo quedaron las instituciones del cuerpo de zuavos, de los espahis y de la legion extranjera. Su sucesor, el general Berthezene, tampoco supo resistir á la sed de gloria, y quiso hacer conquistas; pero su expedicion contra Titeri acabó peor que la de Clauzel, el enemigo persiguió á los franceses hasta Argel y cercó la plaza, degollando á cuantos se habían quedado fuera. La necesidad de dejar en buen lugar el honor de las armas francesas enredó cada vez mas á la nacion en nuevas campañas, que nadie habia previsto. Jamás han sabido los franceses conocer la índole y las condiciones características de los pueblos y territorios que han conquistado, pero menos lo supieron los militares que enviaron entonces á Argelia, y menos que todos el general Savary, que reemplazó al débil Berthezene. La brutalidad con que trató á los indígenas Savary,